

Ochomil

Una obra original de **Pedro Zabalza López**

Pedro Zabalza López (Pamplona, 1970) es licenciado en Periodismo y Diplomado en Enfermería. Trabaja como enfermero en el Complejo Hospitalario de Navarra y es crítico de teatro en Diario de Noticias de Navarra desde 1999. Ha estrenado en el Teatro Gayarre de Pamplona las obras *Lazos familiares* y *Virtual* y en 2010 su microcuento *Otro* resultó ganador del certamen de relato breve El Tren y el Viaje, organizado por Renfe.

Según el autor, ***Ochomil*** pretende ser "un modesto reconocimiento a aquellos que con su voluntad y su imaginación tratan de superar lo que la mayoría nos hemos autoimpuesto como límites cabales: hacer cumbre en un ochomil, visitar el fondo del océano, llegar donde nadie ha llegado antes. Metas admirables que, no obstante, suponen siempre sacrificios y renunciaciones". La obra es también un intento de "rebasar límites con la ayuda de la voluntad y de la imaginación", la que debe poner el espectador para imaginar en un escenario vacío la cumbre helada de un ochomil o un fondo marino del Pacífico.

PERSONAJES

ÉL – Unos treinta y cinco años.

ELLA – Parecida edad, tal vez alguno menos.

(Una montaña, a más de siete mil metros de altura. Ruido de ventisca. En el suelo, tumbada boca abajo, está ELLA. Lleva ropa de himalayismo de colores llamativos. A su lado, hay una mochila ligera. Al cabo de unos momentos, por la derecha entra ÉL. Va también vestido con ropa de montaña. Lleva también una mochila. Se mueve con cierta dificultad por el viento y la nieve. Se protege los ojos con unas gafas de montaña. Parece no ver con claridad. Con las manos se limpia la nieve de las gafas. Mira en varias direcciones, buscando algo hasta que descubre a ELLA. Dirige sus pasos hacia la chica.)

ÉL: *(Se inclina sobre ella y pone su mano sobre la espalda. La mueve un poco, suavemente al principio, luego un poco más enérgicamente. La gira para verle la cara. El ruido de ventisca aumenta. Grita, pero apenas se le oye.)* ¡Eh! ¡Despierta! ¡Vamos, despierta! ¡Abre los ojos! *(Se gira y grita hacia el lateral derecho.)* ¡Aquí! ¡Está aquí! *(Le da la vuelta del todo, sin dejar de moverla.)* ¡Ábrelos! Te digo que los abras. Vamos, vamos, vamos... *(Se levanta, va al lateral. Grita.)* ¡Aquí! ¡La ha encontrado! *(Va al otro extremo, todo lo rápido que le permite el viento. Grita de nuevo.)* ¡Daos prisa! ¿Dónde estáis? No se ve nada. *(Espera un momento una respuesta y luego vuelve donde ELLA. La zarandea de nuevo.)* ¡Despierta, joder, despierta! Por favor, por favor, por lo que más quieras, despierta. Abre los ojos. Ábrelos, joder. *(Sus gritos se han transformado más bien en un lamento que se ahoga al final. ELLA no se mueve. ÉL va dejando de moverla y se sienta junto a ella. El ruido de la ventisca es casi ensordecedor. ÉL se tapa los oídos con las manos. Suavemente el ruido baja hasta*

desaparecer. ÉL sigue con las manos sobre sus orejas, cabizbajo y ensimismado. ELLA hace un movimiento, tal vez un brazo. Al hacerlo, roza a ÉL, que se vuelve hacia ella. Le pone las manos sobre los hombros. Va a moverla, y en ese momento ELLA abre los ojos. ÉL la suelta.) Has abierto... Oh, Dios mío. Has abierto los ojos. Estás viva. Gracias a Dios. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien? *(Ella no dice nada. Sonríe.)* Espera, espera. No digas nada. *(ÉL saca de su mochila una pequeña bala de oxígeno con una mascarilla. Le aplica la mascarilla en la cara a ELLA y abre la espita.)* Respira. *(ELLA le mira con extrañeza.)* Vamos, respira.

ELLA: ¿Para qué?

ÉL: *(Ríe.)* ¿Para qué? Es oxígeno. Respira.

ELLA: ¿Oxígeno?

ÉL: Oxígeno, sí. Vamos, respira.

(Ella se aplica la mascarilla y toma aire varias veces. Mira a ÉL como esperando su aprobación.)

ÉL: Eso es, muy bien. Sigue respirando. ¿Cómo te encuentras?

ELLA: *(Quitándose la mascarilla y sonriendo.)* Estupendamente.

ÉL: Genial. Pero no te quites la mascarilla.

ELLA: ¿No?

ÉL: No. No te la quites. *(ELLA le mira y sonríe, pero no se pone la mascarilla.)* Haz el favor de actuar con sensatez. Necesitas el oxígeno.

ELLA: ¿Por qué?

ÉL: ¿Cómo que por qué? Oye, ¿seguro que estás bien?

ELLA: Pues claro.

ÉL: Ponte la mascarilla, anda (*ÉL le pone la mascarilla.*) ¿Desde cuándo llevas aquí tumbada? ¿Lo recuerdas? (*ELLA niega con la cabeza.*) ¿No te acuerdas? ¿No sabes cuándo te separaste del grupo?

ELLA: (*Quitándose la mascarilla.*) No me acuerdo. ¿Es importante?

ÉL: (*Vuelve a ponerle la mascarilla.*) Joder, no te la quites. No, no es importante. Ya da igual. Lo que es importante es que no te quites la mascarilla. Estamos a casi ocho mil metros. Apenas hay oxígeno en el aire. Si no respiras el de la bala, es cuestión de minutos que te entre el mal de altura: pérdida de coordinación, desorientación y agotamiento. Luego tendrás alucinaciones y finalmente te quedarás dormida, y fin. Ya no te despiertas. Te quedarás aquí para siempre, como uno más de esos cadáveres que nos encontramos en la subida, petrificados por el frío.

ELLA: (*De nuevo se quita la mascarilla.*) ¿Alucinaciones?

ÉL: Sí. ¿Has tenido alucinaciones?

ELLA: No sé. ¿Cómo se sabe si algo es una alucinación?

ÉL: ¿Cómo? No sé. Se sabe, supongo. Se sabe... porque es raro.

ELLA: ¿Tú eres una alucinación?

ÉL: No, yo no soy... Oye, ¿estás bien? ¿Puedes moverte?

ELLA: ¿Para qué?

ÉL: Enséñame las manos, anda. (*Le coge una mano y le quita uno de los guantes.*) Joder, esto no tiene ninguna buena pinta. Vamos a tener que bajar cuanto antes. ¿Puedes moverte o no?

ELLA: No sé. ¿Es necesario?

ÉL: (*Pierde la paciencia. La coge por los hombros y la sacude.*) ¡Deja de portarte como una cría y trata de levantarte!

ELLA: ¡Ay! ¡Déjame! (*ÉL la suelta.*) Me has hecho daño.

ÉL: Lo siento.

ELLA: Lo sientes... Siempre dices lo mismo.

ÉL: ¿Qué quieres que diga? Perdóname. Es que me estás poniendo nervioso.

ELLA: ¿Yo te estoy poniendo nervioso?

ÉL: Tú, esto... La situación. Estamos a siete mil metros y pico y a más de diez grados bajo cero. Si te parece que no es para ponerse nervioso... Lo que no es lógico es estar como si no pasara nada. Tenemos que movernos ya.

ELLA: Te das cuenta, ¿no?

ÉL: Que si me doy cuenta ¿de qué?

ELLA: Siempre haces lo mismo: nunca admites un error.

ÉL: Ya he dicho que lo sentía.

ELLA: Sí, para acabar echándome la culpa a mí.

ÉL: ¿Qué? Yo no te he echado la culpa de nada.

ELLA: Sí, sí que lo has hecho.

ÉL: ¡No!

ELLA: Has dicho que es una estupidez estar como si no pasara nada.

ÉL: No, no: en ningún momento he dicho la palabra estupidez. He dicho que es absurdo, o que no es lógico, ya no me acuerdo. Qué más da. En cualquier caso, no lo he dicho por ti.

ELLA: ¿Por quién lo has dicho entonces? No hay mucha más gente por aquí.

ÉL: Por nadie, no lo he dicho por nadie en particular. Era simplemente un modo de hablar.

ELLA: Un modo de hablar.

ÉL: Sí, un modo de hablar. Solo quería decir que no podemos quedarnos sin hacer nada, que sería una estupidez.

ELLA: Ah, o sea que sí que es una estupidez.

ÉL: Oh, basta ya. No voy a discutir contigo. Siempre haces lo mismo: retuerces todo lo que digo para acabar teniendo la razón.

ELLA: ¿Ves como eres incapaz de admitir un error?

ÉL: ¿Ves como siempre quieres acabar tú teniendo la razón? *(ELLA rompe a reír.)*
¿Qué pasa ahora? ¿Qué es tan gracioso?

ELLA: Esto. Siempre acabamos discutiendo. Por la cosa más tonta, pero siempre igual. No sé, me hace gracia.

ÉL: *(Tras un segundo de estupor, ríe también.)* Sí, supongo que tiene gracia. Siempre discutiendo, y sin embargo...

ELLA: ¿Qué?

ÉL: ¿Qué?

ELLA: Y sin embargo, ¿qué?

ÉL: Pues eso, siempre discutiendo y sin embargo... ya sabes: tú y yo.

ELLA: Tú y yo.

ÉL: Tienes que hacer un esfuerzo por moverte.

ELLA: Has cambiado de conversación.

ÉL: Luego hablaremos de lo que quieras, pero ahora tenemos otras prioridades. Hay que bajarte al campo base.

ELLA: *(Con fastidio.)* Oh, ya estamos otra vez. ¿Por qué tenemos que ir a otro sitio? De hecho, ¿por qué tenemos que ir siempre adonde tú digas? Aquí no se está mal.

ÉL: *(Haciendo esfuerzos por contenerse.)* Por favor, te lo pido por favor. Estamos a bajo cero y bajo una ventisca de muerte. Nos vamos a congelar si no nos movemos.

ELLA: ¿Qué ventisca?

ÉL: *(Mira en derredor, un tanto estupefacto.)* Ha parado la ventisca.

ELLA: Y yo no noto tanto frío. De hecho, hace una temperatura magnífica.

ÉL: Ha cesado el viento y ha salido el sol.

ELLA: Qué claridad. Y qué cielo más azul. (*ÉL Se levanta súbitamente y otea el paisaje como si buscara algo.*) ¿Qué haces, qué buscas?

ÉL: (*Grita.*) ¡Eh! ¡Estamos aquí! ¿Me oís? ¿Me oís?

ELLA: ¿A quién llamas?

ÉL: ¿A quién voy a llamar? Al resto del equipo.

ELLA: ¿Para qué?

ÉL: ¿Cómo que para qué? No puedes moverte y es imposible que yo solo te baje al campo base. ¿No te das cuenta de que necesito ayuda? (*Con un deje de desesperación.*) No, no te das cuenta.

ELLA: (*Sonríe.*) Claro que me doy cuenta.

ÉL: (*Súbitamente esperanzado.*) Espera, espera. (*Se quita la mochila y rebusca en ella.*) Todavía puede ser que tengamos suerte.

ELLA: Me doy cuenta de que necesitas ayuda. Por eso estoy aquí.

(*ÉL la mira sin responder y sigue revolviendo el interior de la mochila, aunque con desesperación creciente.*)

ÉL: ¡No está! Mierda, mierda, mierda. Lo llevaba yo, joder. ¿Quién lo cogió?

ELLA: ¿Has perdido algo?

ÉL: El teléfono vía satélite. Lo llevaba yo. Lo saqué cuando hicimos cumbre para llamar abajo. Pasó por todas las manos. Todos estábamos eufóricos, queríamos saludar, hablar, hacer bromas. Estuvimos un rato diciendo tonterías y me despreocupé del maldito cacharro. Pensé que lo había cogido yo, pero, no sé, debió de guardarlo... Bah, no sé, no me acuerdo. ¡Joder!

ELLA: Bueno, tranquilo. No pasa nada.

ÉL: ¿Que no pasa nada? No pasa nada... Mírate: tienes los dedos congelados, las piernas no te responden, la cabeza no te rige. (*Se sienta junto a ELLA, abatido.*) ¿Qué voy a hacer contigo?

ELLA: Ah, ¿así que crees que la cabeza no me rige?

ÉL: Tienes el mal de altura. Probablemente, también un edema cerebral. Y no tengo dexametasona y apenas me queda agua. Con el teléfono, al menos podría haber llamado al campo base para que nos localizaran. Podrían organizar un rescate. O enviar a alguien con la medicación, con más oxígeno... Era tu... nuestra única posibilidad.

ELLA: Has vuelto a cambiar de tema.

ÉL: ¿Qué voy a hacer? (*Abatido, se sienta junto a ella, se lleva las manos a la cara.*) Joder, ¿qué voy a hacer? (*Pausa. Se vuelve hacia ELLA. La sujeta por los hombros.*) Quiero que sepas que, pase lo que pase, no voy a dejarte sola. No me iré de aquí si no es contigo. Saldremos de esta juntos o... Ahora mismo, tú eres lo principal. Me ha costado mucho encontrarte y no voy a perderte. Otra vez.

ELLA: (*Le acaricia la cara.*) Eso es precioso.

ÉL: Escúchame: voy a tener que dejarte sola un rato. Tengo que ir buscar al resto de la expedición para que alguien nos ayude. (*Se incorpora.*) Quédate el oxígeno. Volveré lo antes posible, te lo prometo.

ELLA: Ah, ya. Así que ahora te vas.

ÉL: Voy a buscar ayuda.

ELLA: Eres incorregible. Primero me largas el discursito: “Tú eres lo que más quiero”, y luego te vas. Como siempre.

ÉL: Lo principal, he dicho lo principal, no lo que más quiero. Y he dicho “ahora mismo”. No tergiverses mis palabras otra vez.

ELLA: Y, por supuesto, la culpa es mía.

ÉL: Yo no he dicho eso.

ELLA: Tienes que establecer un orden de prioridades. Ese ha sido siempre el problema. Mejor dicho: ya tienes tu orden de prioridades, y yo no estoy en el primer lugar. Nunca lo he estado. Y yo no puedo estar siempre esperándote. Si ahora te vas, es posible que cuando vuelvas ya no me encuentres.

ÉL: Si eso es lo que te preocupa, no hay ningún motivo para inquietarse. No sé dónde está el camino, pero este lugar es muy reconocible. Ese serac enorme de ahí (*señala*) se ve a kilómetros a la redonda. Y ahora mismo no parece que el tiempo vaya a cambiar.

ELLA: No estoy hablando de encontrar o no este lugar. Es a mí a la que tal vez no encuentres aquí si te vas.

ÉL: ¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a arrastrarte? No llegarías muy lejos. Mira, no hagas locuras. Es mejor que me esperes. Espérame, por favor. Te prometo que volveré. No empeores las cosas.

ELLA: Es tu decisión.

ÉL: (*No se decide. Intenta explicárselo.*) Tengo que ir a buscar ayuda. Ya sé que ahora mismo te cuesta entenderlo, porque...

ELLA: Claro, porque la cabeza no me rige.

ÉL: Tú no te das cuenta.

ELLA: Ya, es por el edema.

ÉL: Eso es. Por el edema.

ELLA: ¿Ves cómo sí me entero de las cosas?

ÉL: Pues entonces deja que vaya a buscar a alguien.

ELLA: Te lo repito: es tu decisión.

ÉL: Vale, pues entonces iré. (*Hace ademán de moverse hacia la derecha.*)

ELLA: Pero luego no me echas la culpa a mí como siempre. (*ÉL se detiene.*)

ÉL: (*Volviéndose hacia ELLA.*) ¿No te das cuenta de que no dices más que tonterías?

ELLA: Claro, como estoy perdiendo la cabeza...

ÉL: Y vas a hacer que la pierda yo.

ELLA: ¿Pues sabes lo que te digo? Que estaré perdiendo la cabeza, pero al menos no he perdido un teléfono vía satélite. (*Mete la mano en su mochila y saca un teléfono.*) ¿Ves? Aquí está el mío.

ÉL: (*Con cara de estupefacción.*) No me lo puedo creer. ¡Tienes un teléfono! (*Se abalanza a por él. ELLA lo retira.*) ¿Qué haces? Déjame el teléfono.

ELLA: Primero pídemelo perdón.

ÉL: ¿Perdón? ¿Perdón por qué?

ELLA: Por decir que estoy perdiendo la cabeza.

ÉL: (*Duda. Luego asiente.*) Vale, de acuerdo. Lo siento.

ELLA: ¿De verdad?

ÉL: De verdad.

ELLA: ¿Y vas a quedarte aquí conmigo?

ÉL: Te lo prometo. Pero déjame llamar. (*ELLA le tiende el teléfono. ÉL lo coge y marca.*) Ya da señal. Todavía no es muy tarde, no te preocupes. Te pondrás bien.

ELLA: (*Sonríe.*) ¿Me pondré bien? ¿Y qué me pasa? Yo me veo estupendamente.

ÉL: Sí, claro. Es solo una manera de... Bah, no te... (*Habla por teléfono.*) ¡Sí! Soy yo. Sí, estoy bien, tranquilo. La tormenta me apartó del camino... ¿El resto...? ¿Están ahí? ¿Todos? Gracias a Dios. Escucha, escúchame: la encontré. Estoy con ella. Está desorientada, tiene mal de altura y no puede moverse, pero no corre... creo que no corre peligro. Por el momento. Pero es vital que lleguéis cuanto antes. ¿Puedes localizar mi posición con el teléfono? Perfecto. Preparadlo todo para cuando lleguemos, habla con el médico. Eso es. Nos vemos en unas horas. Un abrazo muy fuerte, amigo. (*Le devuelve*

el teléfono. Se sienta junto a ella.) Ya está. En unas horas estarán aquí. Solo tenemos que esperar. Todo va a salir bien.

ELLA: Claro que sí. Estoy segura. Ahora que estás aquí conmigo todo va a salir bien.

ÉL: Pues yo no estaré tranquilo hasta que podamos llevarte abajo.

ELLA: Lo has hecho muy bien.

ÉL: ¿El qué?

ELLA: ¿El qué? Tonto: el rescatarme. *(ELLA le abraza. ÉL se queda quieto, como desorientado. ELLA le suelta y se queda tumbada en el suelo. Volvemos a oír el ruido de la ventisca. ÉL mira a su alrededor, extrañado. Va a levantarse, pero se da cuenta de que ella está inconsciente, así que trata de reanimarla. La mueve con cierta desesperación.)* ¡No! No, por favor. No te quedes dormida ahora. Ahora no, ya están en camino. ¡Abre los ojos! ¡Vamos, ábrelos! *(ELLA los abre. El ruido de ventisca va disminuyendo.)*

ELLA: ¿Qué pasa? Solo estaba descansando un poco.

ÉL: Gracias al cielo. Pensaba que te había perdido. Pensaba...

ELLA: Mi dulce niño. ¿Estabas preocupado? *(ÉL la abraza.)* Vamos, no tengas miedo. Estoy aquí contigo.

ÉL: Estás aquí.

ELLA: Sí.

ÉL: Es raro.

ELLA: ¿Te parece raro?

ÉL: Sí, es raro. Había empezado de nuevo el viento y ahora ha parado. Y tú... estás aquí.

ELLA: Estaba esperándote.

ÉL: ¿Sabes? Te he buscado por todas partes. Cuando volvía a casa, después de cada expedición, al entrar en las tiendas, en los bares, siempre tenía la sensación de que, en cualquier momento, ibas a aparecer.

ELLA: Me echabas de menos.

ÉL: Claro que te echaba de menos. Ya sé que cuando estábamos juntos siempre me reprochabas que solo pensaba en la montaña, pero no es verdad.

ELLA: ¿No?

ÉL: No. No del todo. Pero cada vez que hacía una cumbre siempre pensaba: ojalá estuviera aquí para ver esto.

ELLA: Entonces, ¿por qué te fuiste?

ÉL: Porque no habría funcionado.

ELLA: Ah, ¿y cómo lo sabes?

ÉL: Porque lo sé. Porque éramos como agua y aceite. Siempre discutiendo. No teníamos nada en común. Nada.

ELLA: Y sin embargo...

ÉL: No, pero no habría funcionado.

ELLA: ¿Te acuerdas cuando fuimos de vacaciones a aquella isla del Pacífico?

ÉL: Claro. Cómo no me voy a acordar.

ELLA: ¿Te acuerdas de lo bien que lo pasamos buceando?

ÉL: *(Sonríe, feliz.)* Sí, fue fantástico.

ELLA: Sumergirte en el agua cálida. Empaparte de azul. Y avanzar hacia el fondo rodeada de peces plateados. *(Coge la bombona de oxígeno, se pone la mascarilla y se deja caer hacia atrás, como quien se zambulle en el agua. Da un par de brazadas como si nadara. Le mira a ÉL y le hace señas de que se sumerja. ÉL la mira sin saber qué hacer. ELLA vuelve a hacerle señas de que vaya. ÉL se sumerge y nada hacia ELLA.)*

La luz cambia, se hace más azul. ELLA *le pone la mascarilla en la boca y le hace respirar. ÉL lo hace. ELLA le señala un punto en el espacio, como si estuviera viendo un banco de peces. ÉL asiente. ELLA le hace señas de que vayan. Hacen gestos de nadar. ELLA le señala otro punto. ÉL hace la señal de OK. Nadan. Parecen felices. Vuelve a respirar de la mascarilla. ÉL se fija en la bombona.)*

ÉL: Qué raro.

ELLA: ¿Qué es raro?

ÉL: La aguja de la bombona indica que está vacía.

ELLA: Ah, no pasa nada.

ÉL: ¿Cómo que no pasa nada?

ELLA: Bueno, mi móvil tampoco tenía batería.

ÉL: *(Coge el móvil.)* No puede ser. *(Marca un número. Sin resultado.)* No tiene batería. Pero entonces ¿con quién he hablado yo?

ELLA: Pues con quien querías. Con un móvil que no funciona, siempre se puede hablar con quien uno quiere. Es como cuando uno busca a alguien en un sitio donde no hay nadie. Te encuentras con quien de verdad te apetece.

ÉL: Pero yo no buscaba a nadie. Yo... venía de la cima. Estaba con los otros. Luego empezó la tormenta y... no me acuerdo de más.

ELLA: No será muy importante si no te acuerdas.

ÉL: Di muchas vueltas. Se me metía la nieve en los ojos.

ELLA: Mi pobre niño.

ÉL: Y luego te vi a ti. Tumbada en la nieve. Estabas tan guapa. Con esa piel tan blanca y el pelo suelto.

ELLA: Me encontraste.

ÉL: Pero es imposible.

ELLA: ¿Por qué?

ÉL: Porque no estabas aquí. Me acuerdo en la cima, con el teléfono. Marqué el número de tu casa, pero no me atreví a llamar.

ELLA: Bueno, siempre es mejor hablar en persona, ¿no te parece?

ÉL: No sé. Todo esto es tan raro. No lo entiendo. No puedo pensar con claridad.

ELLA: Eso es por el edema cerebral.

ÉL: ¿El edema?

ELLA: Tienes mal de altura. (*ÉL intenta levantarse sin conseguirlo.*) Llevas mucho rato sin oxígeno. Estás agotado. Va a ser mejor que te quedes aquí conmigo, descansando.

ÉL: (*Grita.*) ¡Eh! ¡Eh! ¿Me oye alguien? ¡Estoy aquí!

ELLA: Mira, yo voy a quedarme aquí buceando un poco más. Si te apetece, ven conmigo. El agua está limpia y cálida. No habrás visto nunca un agua tan transparente ni unos corales más hermosos. (*Ante la duda de ÉL, le insiste:*) Vamos, ven conmigo. Se está bien. (*Se tumba boca abajo, en la misma posición que al principio.*)

ÉL: (*Se pone de rodillas junto a ella y la mueve como al principio.*) ¡Oye, oye! Despierta. ¡Vamos, despierta! ¡Abre los ojos! ¡Ábrelos!

(*ELLA no se mueve. Vuelve a oírse el ruido de ventisca. ÉL la deja. Se incorpora y de nuevo notamos que le cuesta ponerse en pie. Mira a un lado y a otro. Avanza unos pasos e intenta vislumbrar algo. Se vuelve y mira hacia el otro lado. Está junto a ELLA. Se pone de rodillas y de nuevo la mueve, aunque sin mucha convicción. Finalmente, vencido por el cansancio, se tumba junto a ella abrazándola cariñosamente, mientras sube el sonido de la ventisca.*)

Oscuro final